

El murciélago y las comadrejas

Un murciélago cayó al suelo y de inmediato fue atrapado por una comadreja que detestaba las aves. Viéndose a punto de perecer, le suplicó a la comadreja que lo dejara vivir. La comadreja se negó, diciendo que era su naturaleza ser enemiga de todas las aves. Resuelto a no darse por vencido, el murciélago le aseguró que no era un ave sino un ratón. Dudosa, la comadreja se acercó al murciélago y al notar que este no tenía plumas, lo dejó en libertad.

A los pocos días, el murciélago volvió a caer al suelo y fue atrapado por otra comadreja. Sin embargo, esta comadreja sentía una gran hostilidad hacia los ratones. Nuevamente, el murciélago rogó por su vida. La comadreja se negó, afirmando que desde el día de su nacimiento es enemiga de todos los ratones. El murciélago le aseguró que no era un ratón sino un ave. La comadreja se acercó al murciélago y al observar sus alas, lo dejó volar. Fue así como el murciélago escapó dos veces.

Un murciélago cayó al suelo y de inmediato fue atrapado por una comadreja que detestaba las aves. Viéndose a punto de perecer, le suplicó a la comadreja que lo

dejara vivir. La comadreja se negó, diciendo que era su naturaleza ser enemiga de todas las aves. Resuelto a no darse por vencido, el murciélago le aseguró que

ratones. Nuevamente, el murciélago rogó por su vida. La comadreja se negó, afirmando que desde el día de su nacimiento es enemiga de todos los ratones. El

A los pocos días, el murciélago volvió a caer al suelo y fue atrapado por otra comadreja. Sin embargo, esta comadreja sentía una gran hostilidad hacia los

murciélago le aseguró que no era un ratón sino un ave. La comadreja se acercó al murciélago y al observar sus alas, lo dejó volar. Fue así como el murciélago escapó dos veces.

no era un ave sino un ratón. Dudosa, la comadreja se acercó al murciélago y al notar que este no tenía plumas, lo dejó en libertad.

Ratón de campo y ratón de ciudad

En un día soleado, Ratón de Campo recibió la visita inesperada de su primo, Ratón de Ciudad.

Feliz de contar con la compañía de alguien, Ratón de Campo sirvió la cena, la cual consistía en tres nueces y unos pequeños restos de queso. Al llegar la noche, preparó una cama con hojas secas en el sitio más calentito y seguro de su humilde agujero.

Ratón de Ciudad sorprendido por la pobreza en la que vivía Ratón de Campo dijo:

—Primo, no entiendo cómo puedes comer unas cuantas nueces y dormir en una cama de hojas secas. Ven conmigo a la ciudad y te mostraré cómo debes vivir.

Ratón de Campo estaba tan feliz que no pudo dormir esa noche.

A la mañana siguiente, los dos ratones viajaron a la ciudad escondidos en el baúl de un coche. Ya era de noche cuando llegaron a la lujosa casa donde vivía Ratón de Ciudad.

—Mira dónde duermo —dijo Ratón de Ciudad señalando una cómoda cama hecha de algodón—. Pero antes de dormir, busquemos algo de comer.

Ratón de Ciudad llevó a Ratón de Campo hacia la cocina. Al poco tiempo se encontraban comiendo restos de pasta, pastel y helado de chocolate. De repente, escucharon un alarmante maullido.

—¡Es el gato de la casa! —dijo Ratón de Ciudad.

En un abrir y cerrar de ojos, el gato se abalanzó sobre ellos.

Los dos ratones lograron escapar atravesando la enorme mesa hasta llegar a un hueco en la pared.

Ratón de Campo estaba tan asustado que sentía sus patitas temblar:

—Apenas se vaya el gato, me devuelvo para mi casa —dijo sin vacilar.

—¿Por qué quieres irte tan pronto? —preguntó Ratón de Ciudad.

—Porque es mejor comer nueces en un lugar seguro, que pastel con helado de chocolate y estar siempre en peligro —respondió Ratón de Campo, todavía muy tembloroso.

En un día soleado, Ratón de Campo recibió la visita inesperada de su primo, Ratón de Ciudad.

Feliz de contar con la compañía de alguien, Ratón de Campo sirvió la cena, la cual consistía en tres nueces y unos pequeños restos de queso. Al llegar la noche, preparó una cama con hojas secas en el sitio más calentito y seguro de su humilde agujero.

Ratón de Ciudad sorprendido por la pobreza en la que vivía Ratón de Campo dijo:

—Primo, no entiendo cómo puedes comer unas cuantas nueces y dormir en una cama de hojas secas. Ven conmigo a la ciudad y te mostraré cómo debes vivir.

Ratón de Campo estaba tan feliz que no pudo dormir esa noche.

A la mañana siguiente, los dos ratones viajaron a la ciudad escondidos en el baúl de un coche. Ya era de noche cuando llegaron a la lujosa casa donde vivía Ratón de Ciudad.

—Mira dónde duermo —dijo Ratón de Ciudad señalando una cómoda cama hecha de algodón—. Pero antes de dormir, busquemos algo de comer.

Ratón de Ciudad llevó a Ratón de Campo hacia la cocina. Al poco tiempo se encontraban comiendo restos de pasta, pastel y helado de chocolate. De repente, escucharon un alarmante maullido.

—¡Es el gato de la casa! —dijo Ratón de Ciudad.

En un abrir y cerrar de ojos, el gato se abalanzó sobre ellos.

Los dos ratones lograron escapar atravesando la enorme mesa hasta llegar a un hueco en la pared.

Ratón de Campo estaba tan asustado que sentía sus patitas temblar:

—Apenas se vaya el gato, me devuelvo para mi casa —dijo sin vacilar.

—¿Por qué quieres irte tan pronto? —preguntó Ratón de Ciudad.

—Porque es mejor comer nueces en un lugar seguro, que pastel con helado de chocolate y estar siempre en peligro —respondió Ratón de Campo, todavía muy tembloroso.

El camello y el cerdo

Un camello y un cerdo tuvieron la oportunidad de encontrarse en un país lejano y como ninguno había visto al otro antes, comenzaron a jactarse de sus cualidades.

—La mayor distinción proviene de ser alto— dijo el camello—. ¡Mírame cerdo, mira qué alto soy!

El cerdo miró al camello, pero no se sintió inferior a él.

—Estás equivocado, camello— argumentó el cerdo. —No hay nada en el mundo tan importante como ser corto de estatura. ¡Mira y admira lo bajo que soy!

El camello miró al cerdo sin cambiar de opinión:

—Este asunto debe ser resuelto por una prueba—dijo—. Si no logro demostrarte que ser alto es mejor, me quitaré la joroba.

—Está bien, acepto la prueba— respondió el cerdo—. Si no puedo demostrarte que ser bajo es mejor, me quitaré el hocico.

Así que el camello y el cerdo emprendieron un viaje juntos para saber cuál de los dos era el más distinguido e importante. Con el transcurso del tiempo llegaron a un jardín completamente rodeado por un muro de piedra en el que no había ninguna puerta.

El camello se paró al frente del muro para observar las plantas creciendo abundantemente en el jardín. Luego, estiró su largo cuello por encima del muro y comió las más jugosas hojas y tallos. Al terminar su banquete, se acercó al cerdo, que se encontraba parado junto al muro sin poder ver las deliciosas cosas del jardín.

—¿Qué prefieres ser, alto o bajo? —preguntó el camello mientras reanudaban la marcha.

El cerdo no respondió.

Pronto, llegaron a un segundo jardín, rodeado por un muro muy, pero muy alto. Al final del muro había una puerta muy pequeña. El cerdo abrió la puerta y entró al jardín. Entonces, comió los vegetales maduros que encontró allí y salió riéndose del camello, que no pudo pasar por la puerta ni alcanzar la pared.

—¿Qué prefieres ser, alto o bajo? —preguntó el cerdo.

Pero el camello no respondió.

Los dos reflexionaron sobre el asunto por un buen rato y decidieron que el camello tenía sus razones para conservar su joroba y el cerdo para conservar su hocico. Porque es bueno distinguirse por ser alto cuando se necesita estatura y en ocasiones también es importante ser corto.

Un camello y un cerdo tuvieron la oportunidad de encontrarse en un país lejano y como ninguno había visto al otro antes, comenzaron a jactarse de sus cualidades.

—La mayor distinción proviene de ser alto— dijo el camello—. ¡Mírame cerdo, mira qué alto soy!

El cerdo miró al camello, pero no se sintió inferior a él.

—Estás equivocado, camello— argumentó el cerdo. —No hay nada en el mundo tan importante como ser corto de estatura. ¡Mira y admira lo bajo que soy!

El camello miró al cerdo sin cambiar de opinión:

—Este asunto debe ser resuelto por una prueba—dijo—. Si no logro demostrarte que ser alto es mejor, me quitaré la joroba.

—Está bien, acepto la prueba— respondió el cerdo—. Si no puedo demostrarte que ser bajo es mejor, me quitaré el hocico.

Así que el camello y el cerdo emprendieron un viaje juntos para saber cuál de los dos era el más distinguido e importante. Con el transcurso del tiempo llegaron a un jardín completamente rodeado por un muro de piedra en el que no había ninguna puerta.

El camello se paró al frente del muro para observar las plantas creciendo abundantemente en el jardín. Luego, estiró su largo cuello por encima del muro y comió las más jugosas hojas y tallos. Al terminar su banquete, se acercó al cerdo, que se encontraba parado junto al muro sin poder ver las deliciosas cosas del jardín.

—¿Qué prefieres ser, alto o bajo? —preguntó el camello mientras reanudaban la marcha.

El cerdo no respondió.

Pronto, llegaron a un segundo jardín, rodeado por un muro muy, pero muy alto. Al final del muro había una puerta muy pequeña. El cerdo abrió la puerta y entró al jardín. Entonces, comió los vegetales maduros que encontró allí y salió riéndose del camello, que no pudo pasar por la puerta ni alcanzar la pared.

—¿Qué prefieres ser, alto o bajo? —preguntó el cerdo.

Pero el camello no respondió.

Los dos reflexionaron sobre el asunto por un buen rato y decidieron que el camello tenía sus razones para conservar su joroba y el cerdo para conservar su hocico. Porque es bueno distinguirse por ser alto cuando se necesita estatura y en ocasiones también es importante ser corto.